

LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Saint-Just y Lebas comisionados de la Convencion en los ejércitos.—Saint-Just reprime el Terror en Strasburgo.—Carta íntima de Lebas.—El poder de Robespierre equilibrado por el de Danton.—Chaumette y Hebert.—*El Padre Duchesne*.—Clubs de mujeres.—Las calceteras de Robespierre.—*La Sociedad fraternal*.—*La Sociedad revolucionaria*.—Rosa Lacombe.—Los clubs de mujeres se cierran por orden de la Convencion.—Faccion de Hebert.—*El Padre Duchesne y El Viejo Franciscano*.—Camilo Desmoulins.—Origen del *Viejo Franciscano*.—Robespierre defiende la libertad religiosa en los Jacobinos.—Danton da cuenta de su proceder.—Robespierre le defiende protegiéndole.—Ataca á Anacharsis Klotz.—Excusa á Camilo Desmoulins.—Informe de Robespierre en la Convencion.—Danton adivinado por Robespierre.—Fragmento del *Viejo Franciscano*.—Tentativa de union entre Hebert y Robespierre.—Proposicion rechazada de un triunvirato.—Política del comité de salud pública.—Danton se engaña.—Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convencion.—Tentativa de insurreccion de Hebert.—Aborto.—Informe de Saint-Just á la Convencion.—Prision de Hebert y sus cómplices.—Son senten ciados á muerte.—Prision de los amigos de Danton.

I

Durante los primeros meses del año de 1794, Saint-Just y Lebas, unas veces unidos y otras separados, pero confidentes íntimos de Robespierre, corrian desde el ejército del Norte al del Rhin, de Lille á Strasburgo, para reorganizar los ejércitos, vigilar á los generales y avivar ó moderar el espíritu público en los departamentos amenazados. Saint-Just, no tan sólo llevaba á los tribunales el nervio de una voluntad inflexible, sino que llevaba al campo de batalla el ánimo de su juventud y el ejemplo de una intrepidez que asombraba al soldado. El no prodigaba ménos su sangre que su concepto. «Saint-Just,—decía su colega Baudot á su vuelta de los ejércitos,—ceñido con la faja de representante y adornado el sombrero con el penacho tricolor, carga á la cabeza de los escuadrones republicanos y se arroja al combate en medio de la metralla y del arma blanca, con la confianza y el entusiasmo de un húsar.»

El jóven representante tuvo muchos caballos muertos debajo de sí. No prescindía de su bélico entusiasmo sino para entregarse á los asiduos trabajos del organizador, no permitiéndose ninguna distraccion de las que su juventud podia ambicionar, pareciendo no conocer otro placer que el triunfo de su causa. Este procónsul de veinticuatro años, dueño de la vida de miles de ciudadanos y de la fortuna de tantas familias, que veía á sus piés á las mujeres y á las hijas de los presos, mostraba la austeridad de Escipion. Las cartas que escribía desde el campamento á la hermana de Lebas respiran el más casto afecto. Terrible en el combate, desapiadado en el consejo, respetaba interiormente á la revolucion como á un dogma del cual no le era permitido sacrificar nada á los sentimientos humanos. Igualmente implacable con los que manchaban la república que con los que le hacian traicion,

envió á la guillotina al presidente del tribunal revolucionario de Strasburgo, que habia imitado é igualado en la Alsacia las atrocidades de Lebon. La mision de Saint-Just en Strasburgo salvó millares de cabezas. Disgustado del Terror al contemplarlo de cerca, escribia á Robespierre:

«El uso del Terror ha estragado el crimen, así como los licores fuertes estragan el paladar. Sin duda aún no es tiempo de hacer el bien; el bien particular que se hace no es más que un paliativo. Es menester esperar un mal general bastante grande para que las opiniones experimenten una reaccion. La revolucion debe detenerse en la perfeccion de la dicha y de la libertad pública por las leyes. Sus convulsiones no tienen otro objeto, y deben derribar todo lo que se les



Tallien en Burdeos.—Pág. 294.

oponga.» «Se habla de altura de la revolucion,—escribia en otra parte de sus meditaciones íntimas.—¿Quién la fijará? Es movable. Pueblos ha habido que han caido de más alto.»

Lebas, su amigo y casi en todas partes su colega, habia sido un discípulo de Robespierre. Adicto á Robespierre por su identidad de principios como revolucionario, la amistad le habia hecho adherirse muy particularmente á su persona. Nació en Frevent, en las cercanías de Arras, y sus disposiciones oratorias manifestadas en las causas populares le habian llevado á la Convencion. Seguía en un todo las ideas de Robespierre, estrella polar de sus opiniones. Probo, modesto, silencioso y sin otra ambicion que la de seguir las ideas de su maestro, creía en su virtud y en su infalibilidad, poniendo en sus manos su conciencia y sus votos. Ciertas relaciones de familiaridad y casi de parentesco estrechaban aún más la intimidad de sus opiniones. Lebas, introducido por Robespierre en casa de Duplay, se habia convertido en miembro de aquella familia, casándose despues con la más jóven de las hijas de su huésped. La misma mano que blandía el sable á la cabeza

de nuestros batallones y que firmaba la prision ó la libertad de tantos proseritos escribía á aquella jóven, soñando en la felicidad doméstica bajo el mismo techo donde soñaba Robespierre sus teorías manchadas de sangre: «¿Cuándo podré yo poner el sello á una union de la cual pende la dicha de mi vida? ¡Oh! ¡Qué dulce será el momento en que te vea! ¡Cuán crueles sacrificios me impone la patria con estas ausencias! Pero las cosas van mal, y aquí son necesarios diputados verdaderamente patriotas. Ayer hice arrestar á dos generales. En tributando á Paris todos los servicios de que soy capaz, gozaré la dicha de estar cerca de tí. Entónces estaremos unidos. Dí á Robespierre que mi salud no podrá sufrir mucho tiempo el rudo oficio en que me ejercito. Perdóname la brevedad de mis cartas; es la una de la noche, vuelvo agobiado de fatiga, y me voy á dormir para soñar en tí... Cuando mi colega Duquesnoy y yo vamos en nuestro carruaje, y él, agobiado por el trabajo, permanece silencioso ó se duerme, yo no pienso sino en tí. Cualquiera otra idea indiferente me es importuna. Tú y los negocios políticos ocupais exclusivamente mi pensamiento; éstos por mi deber, tú sólo por mi amor. Ahora que mi presencia no es tan necesaria, ¿tendrá Couthon algun miramiento con su jóven colega? ¿Considerará Robespierre que yo he hecho ya bastante, para abreviar el término de mi sacrificio? Ocúpate, querida Isabel, del arreglo de nuestra futura casa... Ayer he escrito de prisa á Robespierre. Estoy contento con Saint-Just; tiene talento y excelentes cualidades. Abraza á toda la familia, sin olvidar á Robespierre, que es un segundo hermano tuyo y mio. Saint-Just tambien está impaciente por volver á Paris; tú sabes por qué... Hemos ido esta mañana él y yo á visitar una de las más altas de estas montañas, en cuya cima hay un antiguo castillo arruinado sobre una roca escarpada. Allí los dos experimentamos, dirigiendo la vista en derredor nuestro, una impresion deliciosa. Este ha sido el único dia en que hemos tenido un momento de descanso. Hübiera querido tenerte á mi lado para participar contigo la emocion que yo sentia; pero tú estás á cien leguas... Saint-Just y yo no hemos cesado de tomar medidas para asegurar el triunfo de nuestros ejércitos. Corremos dia y noche y ejercemos la más infatigable vigilancia. En el instante en que ménos nos espera un general, nos ve llegar y pedirle cuenta de su conducta. Me tengo por dichoso porque no tengas prevencion alguna contra Saint-Just. Le he prometido una comida hecha por tu mano. Es un excelente hombre, y yo le quiero y le estimo cada dia más. La república no tiene otro defensor más ardiente é inteligente. Estamos perfectamente de acuerdo en todo. Lo que hace que le quiera más, es que continuamente me habla de tí y me consuela todo lo que puede. A lo que me parece, da una gran importancia á nuestra amistad. Algunas veces me dice cosas que me prueban un cariño verdadero. Voy á escribir á Enriqueta. Presumo que continuais amándoos como siempre».

Enriqueta era hermana de Lebas y novia de Saint-Just. El interes que éste manifestaba á aquél era un reflejo del que experimentaba por la hermana de su colega. Pero la jóven, que al principio correspondia al sentimiento que Saint-Just le demostraba, titubeó despues en darle su mano, y éste atribuyó este desvio á Lebas, entibiándose por consiguiente su amistad, pero sin que por eso dejaran ambos de permanecer adictos á Robespierre. Dicese que esta circunstancia fué algunos meses más tarde el motivo de la ausencia de Saint-Just del comité de salud pública; ausencia que debilitó al partido de Robespierre, y que causó su caída y su

muerte. Alguna parte tuvo, por consiguiente, una inclinacion de corazon contrariada en la catástrofe que arrastró á Robespierre y á la república.

II

Estos detalles interiores atestiguan la sencillez de las pasiones y de los intereses que se agitaban en torno del dueño de la república. Robespierre el jóven, Saint-Just, Couthon, el italiano Buonarrotti, Lebas y algunos jóvenes sencillos en su patriotismo, varios artesanos pobres y honrados, y algunos sectarios fanatizados por las doctrinas democráticas, formaban toda la corte de Robespierre. La casa de un trabajador continuaba siendo su palacio, más parecido á la escuela de un filósofo que al círculo de un dictador. Pero este filósofo tenia un pueblo indócil por discípulo, y aquel pueblo tenia la cuchilla en la mano. Robespierre en esta época conocia que no tenia aún suficiente fuerza para imponerse á la Convencion. Danton vivia y podia equilibrarla en la Montaña. Hebert, Pache, Chaumette, Vincent y Ronsin le despreciaban en la municipalidad. El comité de salud pública no estaba aún dominado por él; el tribunal revolucionario era un instrumento dócil á todos los partidos; el populacho de Paris estaba desencadenado, é intimidaba al verdadero pueblo cuya hez era. La libertad era el escándalo hasta de los mismos republicanos. Esta época no era la del reinado, sino la de las saturnales de la república.

Hebert y Chaumette fomentaban todos los dias más y más estos excesos, el uno con su periódico *El Padre Duchesne*, y el otro con sus discursos. Aquellos dos hombres, discípulos de la escuela de Diderot, removian la crápula del corazon humano. Profesaban el ateismo. El perpetuo diálogo que tenian con el pueblo estaba salpicado de juramentos y de aquellas palabras impuras que son á la lengua de los hombres lo que las inmundicias á la vista y al olfato. Estas palabras soeces infestaban el vocabulario de la libertad. El cinismo y la ferocidad se comprenden. La ferocidad es el cinismo del corazon. El bajo pueblo estaba orgulloso al ver elevarse su trivialidad á la altura de un lenguaje político. Aquel disfraz le hacía reir como si fuese la mascarada de las palabras. La lengua habia perdido su pudor. Su desnudez no le hacía avergonzarse, y se adornaba como una prostituta.

Las mujeres del pueblo habian sido las primeras en aplaudir la desvergüenza de Hebert. Mirabeau les habia incitado con una palabra pronunciada en Versalles el dia anterior á las jornadas del 5 y 6 de Octubre. «Si las mujeres no toman parte en esto,—dijo á media voz á los emisarios de la insurreccion parisiense,—no se habrá hecho nada.» Sabía que una vez inflamado el furor de las mujeres, se convierte en accesos y profanaciones que exceden á la audacia de los hombres. La inspiracion antigua, este furor sagrado, hervia sobre todo en las sibilas. Los demagogos sabian demasiado que las bayonetas se embotan delante del pecho de las mujeres, y que las manos inermes son las que más pronto desarman á los mejores soldados. Las mujeres de Paris acudieron á la cabeza de las bandas de la capital, y en efecto, habian violado las primeras el palacio del rey, blandido el puñal sobre el lecho de la reina, y paseado en Paris en las puntas de sus picas las cabezas de los guardias de corps asesinados. Theroigne de Mericourt y sus bandas habian marchado al asalto de las Tullerías el 20 de Junio y el 10 de Agosto. Terri-

bles durante el combate, y crueles despues, habian asesinado á los vencidos, mutilado los cadáveres y chupado su sangre. La revolucion, con sus agitaciones, sus jornadas, sus juicios y sus cadalsos, se habia convertido para aquellas mujeres en un espectáculo tan necesario para ellas como los combates de los gladiadores lo habian sido para las patricias corrompidas de Roma. Avergonzadas de verse excluidas de los clubs de los hombres, aquellas mujeres habian fundado, al principio bajo el nombre de *sociedades fraternales*, y despues con el de *sociedades de mujeres republicanas y revolucionarias*, algunos clubs de su sexo. Habia tambien, al lado del lugar de su reunion, hasta unos clubs de muchachos de doce á quince años, llamados los *Niños rojos*, nombre con que se habia bautizado á aquellos precoces republicanos. Aquellas sociedades de mujeres tenian tambien sus oradores. La municipalidad de Paris, en vista del informe de Chaumette, habia decretado que las heroínas de las grandes jornadas de la revolucion tuvieran reservado un puesto distinguido en las ceremonias cívicas, y que fuesen precedidas de una bandera con esta inscripcion: *¡Han barrido á los tiranos delante de ellas!* «Asistirán á las fiestas nacionales—decia el decreto de la municipalidad—con sus maridos y sus hijos, y allí harán calceta.» De ahí les vino el nombre de *calceteras de Robespierre*, nombre que cubrió de oprobio aquel signo del trabajo manual y del hogar doméstico. Todos los dias, algunos destacamentos de aquellas mercenarias pagadas por la municipalidad se distribuian en las cercanías del tribunal, en la carrera que habian de seguir las carretas y sobre los escalones de la guillotina para aplaudir á la muerte, insultar á las víctimas y saciar sus ojos de sangre. La antigüedad tenia sus plañideras pagadas, y la municipalidad sus *furias* asalariadas.

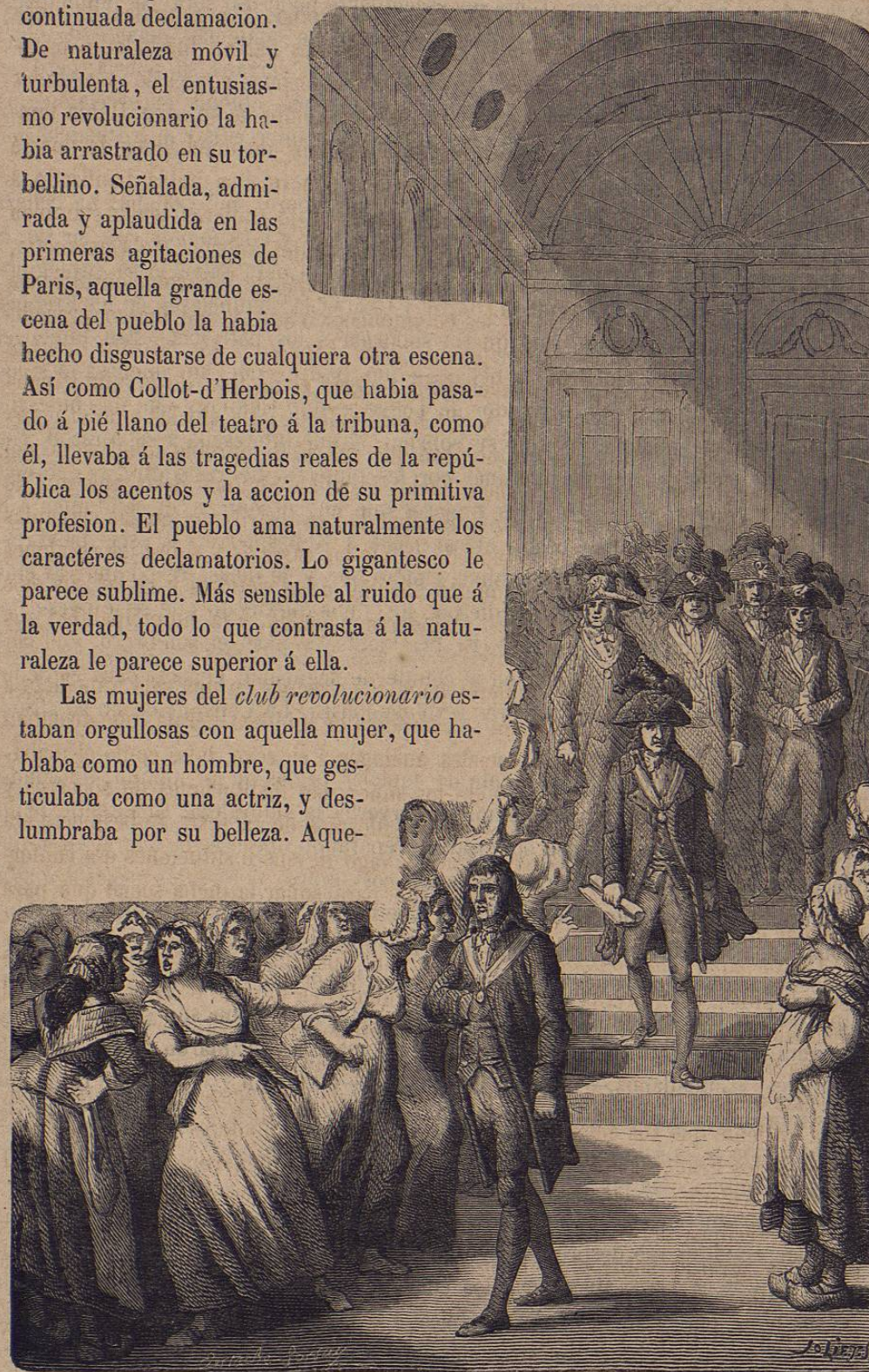
La *Sociedad fraternal* de mujeres tenia sus sesiones en una sala inmediata á la de los Jacobinos. Aquella reunion se componia de mujeres literatas que discutian con más decencia las cuestiones sociales análogas á su sexo, tales como el matrimonio, la maternidad, la educacion de los niños, las instituciones de socorros y de consuelos á la humanidad. Eran éstas los filósofos de su sexo. Robespierre era su oráculo y su ídolo. El carácter utópico y vago de sus instituciones era conforme al genio de las mujeres, más á propósito para soñar la dicha social que para formular el mecanismo de las sociedades.

La *Sociedad revolucionaria* estaba en San Eustaquio, y se componia de mujeres perdidas, aventureras de su sexo, reclutadas en el vicio ó en la miseria. El escándalo de sus sesiones, el tumulto de sus proposiciones, la bizarría de su elocuencia y la audacia de sus peticiones importunaban al comité de salud pública. Aquellas mujeres iban á dictar leyes, so pretexto de dar consejos á la Convencion, y era evidente que sus actos eran inspirados por los agitadores de la municipalidad y de los Franciscanos. Aquellas mujeres eran la vanguardia de un nuevo 31 de Mayo. Afiliadas particularmente al club de los Franciscanos, abandonado despues del eclipse de Danton á los más frenéticos demagogos, ellas calcaban sus doctrinas agrarias sobre el club de los *Rabiosos*. Aquellos tres clubs eran á la municipalidad lo que el de los Jacobinos era á la Convencion: tan pronto su azote, tan pronto su freno, y algunas veces su cuchilla. Hebert era su Robespierre, y Chaumette su Danton.

Una mujer jóven, bella y elocuente, si se puede dar este título á la inspiracion

desordenada del alma, presidia este último club. Se llamaba Rosa Lacombe. Hija sin madre conocida, nació entre los bastidores de uno de los teatros de provincia, y se crió en los teatros subalternos. Para ella la vida no habia sido sino un mal papel, y la palabra una continuada declamacion. De naturaleza móvil y turbulenta, el entusiasmo revolucionario la habia arrastrado en su torbellino. Señalada, admirada y aplaudida en las primeras agitaciones de Paris, aquella grande escena del pueblo la habia hecho disgustarse de cualquiera otra escena. Así como Collot-d'Herbois, que habia pasado á pié llano del teatro á la tribuna, como él, llevaba á las tragedias reales de la república los acentos y la accion de su primitiva profesion. El pueblo ama naturalmente los caracteres declamatorios. Lo gigantesco le parece sublime. Más sensible al ruido que á la verdad, todo lo que contrasta á la naturaleza le parece superior á ella.

Las mujeres del *club revolucionario* estaban orgullosas con aquella mujer, que hablaba como un hombre, que gesticulaba como una actriz, y deslumbraba por su belleza. Aque-



Las furias de la guillotina en los alrededores del tribunal revolucionario.—Pág. 300.

lla mujer era la Pythonisa de los arrabales. Las almas perdidas que frecuentaban aquellos clubs se envanecían de tener á su cabeza un sér que el vicio había marcado desde muy temprano con el mismo sello que á ellas. Una mujer pura las hubiera humillado, y Rosa Lacombe les parecía rehabilitar su profesion por el exceso de su republicanismo. Tenía un ascendiente poderoso sobre la municipalidad; reprendía á los diputados, y Bazire y Chabot se contenían delante de ella. Sólo Robespierre, entre los dueños de la opinion, le cerraba su puerta; pero se hacía abrir las de las prisiones, sentenciaba ó absolvía, obtenía encarcelamientos ó perdones. Fácilmente conmovida por las lágrimas, intercedía con frecuencia por los acusados.

El amor la había sorprendido en uno de los calabozos que visitaba. La belleza de un jóven preso, sobrino del corregidor de Tolosa y aprisionado con su tio, la había herido. Rosa Lacombe lo había intentado todo para salvar á su protegido, por lo cual injurió á la Convencion. Bazire y Chabot la denunciaron en los Franciscanos como una intrigante que quería sobornar á los patriotas. «Esa mujer es peligrosa, porque es elocuente y bella»,—dijo Bazire. «Me ha amenazado si no hago poner en libertad al corregidor de Tolosa»,—dijo Chabot.—Me ha confesado que no era este magistrado, sino su sobrino, el que interesaba á su corazón. Yo, á quien se acusa de dejarme dominar por las mujeres, he resistido á sus importunaciones, porque yo quiero á las mujeres que no corrompen ni calumnian á la virtud. Estas mujeres han osado atacar hasta á Robespierre.» A estas palabras, Rosa Lacombe se levantó en la tribuna y pidió que se le dejase responder. El club se agitó, los espectadores se dividieron, los unos queriendo que se le oyese, los otros pidiendo que se la expulsase. El presidente se puso el sombrero, y el club decidió que se hiciese una petición al comité de seguridad general para la depuración de la sociedad de las mujeres revolucionarias. La Convencion no se atrevió aún á disolverla.

Robespierre se indignó altamente de aquellas orgías de la opinion, en donde, so pretexto de animar al patriotismo, se pervertía la naturaleza. Chaumette tenía la ira de Robespierre, y quiso conjurarla preparando una escena teatral en la que afectaría la austeridad del tribuno de las costumbres contra los excesos que él mismo había provocado. Hacia el fin de Enero, una columna de mujeres revolucionarias, reclutadas y guiadas por Rosa Lacombe, adornadas con el gorro encarnado y ostentando desnudez en su traje, forzó la entrada del Consejo de la municipalidad, é interrumpió la sesión con sus peticiones y con sus gritos. Algunos murmullos de indignación concertados, de antemano se levantaron en el seno de la asamblea. «Ciudadanos,—exclamó Chaumette,—hacéis un gran acto de razón con esos murmullos. La entrada en el recinto en donde deliberan los magistrados del pueblo debe ser prohibida á los que insultan á la nación.» «No,—dijo un miembro del Consejo,—la ley permite entrar aquí á las mujeres.» «Que se lea la ley,—replicó Chaumette;—la ley ordena que se respeten las costumbres y que se hagan respetar: aquí las veo despreciadas. Además, ¿cuándo ha sido permitido á las mujeres abjurar su sexo, abandonar los cuidados piadosos del matrimonio, la cuna de sus hijos, para venir á la plaza pública, á la tribuna de los oradores, á la barra del senado y á las filas de nuestros ejércitos, á usurpar los derechos que la naturaleza ha dado á los hombres? ¿A quién ha confiado aquella los cuidados domésti-

cos? ¿Nos ha dado pechos para criar á nuestros hijos? ¿Ha hecho delicados nuestros miembros para hacernos más propios para los cuidados de la casa y de la familia? No; ha dicho al hombre: «Sé hombre»; y á la mujer: «Sé mujer, y tú serás la divinidad del santuario interior». Mujeres imprudentes que queréis convertirnos en hombres, ¿no estais contentas con haberos cabido en suerte el dominar nuestros sentidos? Vuestro despotismo es el del amor, y por consecuencia el de la naturaleza.» A estas palabras, las mujeres se quitaron de la cabeza el gorro encarnado. «Acordaos—continuó Chaumette—de aquellas mujeres perversas que excitaron tantas turbaciones en la república; de aquella mujer altanera de un esposo pérfido, la ciudadana Roland, que se creyó capaz de gobernar á la nación, y que corrió á su pérdida; de aquella mujer-hombre, la impudente Olimpia de Gouges, que fué la primera que fundó sociedades de mujeres, y que murió por sus crímenes. Las mujeres no son algo sino cuando los hombres no son nada; testigo Juana de Arco, que no fué grande sino porque Carlos VII no era tan hombre como debía serlo.»

Las mujeres se retiraron, convencidas en la apariencia por la elocuencia de Chaumette. Pero Rosa Lacombe continuó, por instigación de Hebert, agitando la hez de su sexo. Varios grupos de mujeres, vestidas con un pantalon rojo y adornado el cabello con la escarapela nacional, insultaron y dieron sendos latigazos en los parajes públicos á inocentes jóvenes sorprendidas por ellas sin llevar el signo del patriotismo.

Amar, provocado por Robespierre, tomó la palabra con este motivo en la Convencion. «Os denunció—dijo—una reunión de más de seis mil mujeres que se titulan jacobinas y miembros de una pretendida sociedad revolucionaria. La naturaleza, por la diferencia de fuerza y de conformación, les ha impuesto otros deberes. El pudor, que les impide la publicidad, les hace un deber de permanecer en el interior de las familias.» La Convencion adoptó estos principios y cerró los clubs de mujeres. Rosa Lacombe volvió á la oscuridad y á la abyección, de donde la sacó la pasión revolucionaria. Hebert y su partido perdieron aquellas bandas amaestradas por ellos en la sedición, primero suplicantes, y despues imperiosas contra la Representación nacional.

III

El partido de Hebert en la municipalidad aspiraba abiertamente á continuar y aún á traspasar al partido de Marat, comenzando ya á inquietar al comité de salud pública y á cansar á Robespierre y á Danton. Hebert, dueño de la municipalidad por Pache, Payan y Chaumette, del pueblo por los jefes subalternos de los motines, del ejército revolucionario por Ronsin, del club de los Franciscanos por sus nuevos oradores, en cuyo número se señalaba el jóven Vincent, secretario general del ministerio de la Guerra, dueño, en fin, de las sublevaciones más tumultuosas de la multitud por su periódico *El Padre Duchesne*, en el cual agitaba el fuego de una perpétua sedición, atacaba tímidamente á Robespierre y abiertamente á Danton. Minadas aquellas dos grandes popularidades, contaba Hebert con imponer fácilmente su demagogia á la Convencion. El ideal de aquel partido no era ni la libertad ni la patria; era la subversión total de todas las ideas, de todas las reli-